

## El discurso competente<sup>1</sup>

*Marilena Chaui*

Como sabemos, la ideología no es solamente una representación imaginaria de lo real que sirve al ejercicio de la dominación en una sociedad fundada en la lucha de clases, como tampoco es solamente la inversión del proceso histórico por la cual las ideas ocuparían el lugar de los agentes históricos reales. La ideología, forma específica del imaginario social moderno, es la manera necesaria en la que los agentes sociales representan para sí mismos el *aparecer* social, económico y político, de tal manera que esa apariencia (que no debemos tomar simplemente como sinónimo de ilusión o falsedad), por ser el modo inmediato y abstracto de manifestación del proceso histórico, es el ocultamiento o la disimulación de lo real. Fundamentalmente, la ideología es un cuerpo sistemático de representaciones y de normas que nos “enseñan” a conocer y a actuar. La sistematicidad y la coherencia ideológicas nacen de una determinación muy precisa: el discurso ideológico es aquel que pretende coincidir con las cosas, anular la diferencia entre el pensar, el decir y el ser y, de ese modo, engendrar una lógica de la identificación que unifique pensamiento, lenguaje y realidad para, a través de esa lógica, obtener la identificación de todos los sujetos sociales con una imagen particular universalizada, esto es, la imagen de la clase dominante. Universalizando el particular a través del borramiento de las diferencias y contradicciones, la ideología gana coherencia y fuerza porque es un discurso lleno de lagunas que no puede ser completado. En otras palabras, la coherencia ideológica no es obtenida a pesar de las lagunas, sino por el contrario, gracias a ellas. Porque jamás podrá decir la totalidad, la ideología es aquel discurso en el cual los

---

\* En Chaui, M., *Cultura e democracia*, San Pablo, Cortez, 2007.

ausentes garantizan la supuesta veracidad de aquello que está explícitamente afirmado.

Sabemos también que, por definición, en la ideología las ideas están siempre “fuera de lugar”, una vez que son tomadas como determinantes del proceso histórico cuando, en verdad, son determinadas por él. Evidentemente, esto no significa que las ideas sean un reflejo invertido de lo real, sino que sólo indica que ellas no preceden a lo real, pues lo expresan, sea en la forma inmediata del aparecer, sea en la forma mediata de la reflexión. Por otro lado, afirmar que en la ideología las ideas están “fuera de lugar” nada tiene que ver con la geografía (como nos podría llevar a creer, por ejemplo, la interminable repetición de que en Brasil se piensa con ideas extranjeras). “Fuera de lugar” remite a la circunscripción del espacio social y político de una sociedad determinada. En suma: las ideas deberían estar en los sujetos sociales y en sus relaciones, pero en la ideología son los sujetos sociales y sus relaciones los que parecen estar en las ideas.

También sabemos que la ideología no tiene historia. Esto no significa que la ideología sea un *corpus* inmóvil e idéntico de representaciones y normas (pues la experiencia nos muestra, a cada paso, los cambios ideológicos). Decir que la ideología no tiene historia significa apenas decir, en primer lugar, que las transformaciones ocurridas en un discurso ideológico no dependen de una fuerza que le sería inmanente y que lo haría transformarse y, sí, que tales transformaciones resultan de otra historia que, por medio de la ideología, la clase dominante procura escamotear; en segundo lugar, y más profundamente, significa que la tarea precisa de la ideología consiste en producir una cierta imagen del tiempo como progreso y desarrollo para así exorcizar el riesgo de enfrentar efectivamente la historia. Afirmar que la ideología no tiene historia es, por tanto, afirmar que en ella, además de “fuera de lugar”, las ideas están también “fuera del tiempo”. Aunque paradójica, esta constatación es inevitable. La paradoja de la expresión “fuera del tiempo” resulta del hecho de que, estando la ideología al servicio de la dominación de una clase social históricamente determinada, la actualidad de la dominación ejercida exigiría necesariamente que las ideas estuviesen enclavadas en su propio tiempo. Para que

tal paradoja se deshaga es preciso que comprendamos la diferencia entre saber e ideología.

El saber es un trabajo. Por ser un trabajo, es una negación reflexionante, esto es, una negación que, por su propia fuerza interna, transforma algo que le es externo, resistente y opaco. El saber es el trabajo para elevar a la dimensión del concepto una situación de no-saber, esto es, la experiencia inmediata cuya obscuridad pide el trabajo de la clarificación. La obscuridad de una experiencia no es otra cosa sino su carácter necesariamente indeterminado y el saber no es otra cosa que el trabajo para determinar esa indeterminación, esto es, para tornarla inteligible. Sólo hay saber cuando la reflexión acepta el riesgo de la indeterminación que la hace nacer, cuando acepta el riesgo de no contar con garantías previas y exteriores a la propia experiencia y a la propia reflexión que la trabaja. Ahora bien, para que la ideología sea eficaz es preciso que realice un movimiento que le es peculiar: recusar el no-saber que habita la experiencia, tener la habilidad para asegurar una posición gracias a la cual pueda neutralizar la historia, abolir las diferencias, ocultar las contradicciones y desarmar toda tentativa de interrogación. Así, gracias a ciertos artificios que le son peculiares (como, por ejemplo, elevar todas las esferas de la vida social y política a la condición de “esencias”), la ideología se vuelve dominante y adquiere forma propia siempre que consiga conjurar o exorcizar el peligro de la indeterminación social y política, indeterminación que posibilita que la interrogación sobre el presente (¿qué pensar?, ¿qué hacer?) sea inutilizada por las representaciones y normas previas que fijan definitivamente el orden instituido. Sobre este prisma, se torna posible decir que en la ideología las ideas están fuera del tiempo, aunque al servicio de la dominación presente. En efecto, afirmar que en ella las ideas están fuera del tiempo es percibir la diferencia entre lo histórico o instituyente y lo institucional o instituido. La ideología teme todo cuanto pueda ser instituyente o fundador, y sólo puede incorporarlo cuando perdió la fuerza inaugural y se tornó algo ya instituido. Por esa vía podemos percibir la diferencia entre ideología y saber, en la medida en que, en éste las ideas son producto de un trabajo, mientras que en aquella las ideas asumen la forma de conocimientos, esto es, de ideas instituidas.

Acudamos a la ayuda de un ejemplo. Se acostumbra imaginar que el Santo Oficio condenó a Galileo porque la física galileana ponía en riesgo una representación del mundo que servía de sostén a la dominación teológico-política medieval. Siendo así, se vuelve comprensible la rehabilitación del saber galileano cuando la burguesía toma el poder y encuentra en la nueva física una presentación del espacio y del tiempo que conviene al ejercicio de su práctica económica y política. De esa manera, la demolición del poder teológico político medieval hace de la *scienza nuova* un conocimiento válido que se convierte, de a poco, en ideología de la nueva clase dominante, laica y profana. Ahora, si nos asomamos un poco a la historia, veremos que los acontecimientos ocurrieron de un modo bastante diferente. En primer lugar, sobre todo, no hubo laicización de la política, sino apenas un desplazamiento del lugar ocupado en ella por la imagen de Dios como poder uno y trascendente: Dios bajó del cielo a la tierra, abandonó conventos y púlpitos y se fue a alojar en una imagen nueva, esto es, en el Estado. No quiero referirme con esto al derecho divino de los reyes. Me refiero a la representación moderna del Estado como poder uno, separado, homogéneo y dotado de fuerza para unificar, por lo menos de derecho, una sociedad cuya naturaleza propia es la división de clases. Es esta figura del Estado que designo como la nueva morada de Dios. En segundo lugar, y consecuentemente, no hubo pasaje de una política teológica a una política racional ateológica o atea, sino apenas una transferencia de las cualidades que eran atribuidas a la Divina Providencia a la imagen moderna de la racionalidad. La nueva *ratio* es teológica en la medida en que conserva, tanto en política como en ideología, dos aspectos fundamentales del poder teológico: por un lado, la admisión de la trascendencia del poder en relación a aquello sobre lo cual este se ejerce (Dios en relación al mundo creado, el Estado en relación a la sociedad, la objetividad de las ideas en relación a aquello que es conocido); por otro lado, la admisión de que solamente un poder separado y externo tiene fuerza para unificar aquello sobre lo cual se ejerce (Dios unifica el mundo creado, el Estado unifica la sociedad, la objetividad unifica el mundo inteligible). Ahora, si no es la laicización de la racionalidad (pues no hubo tal cosa) lo que explica la aceptación de la física galileana por la bur-

guesía, ¿de dónde nace la incorporación de esa física como modelo de la racionalidad moderna? El saber galileano se tornó aceptable y pasible de incorporación una vez que fueron accionados dispositivos económicos, sociales y políticos que permitieron acoger el saber nuevo; no porque fuera innovador ni porque fuera verdadero, sino porque perdió la fuerza instituyente una vez que se transformó de saber sobre la naturaleza en conocimientos físicos, una vez que fue neutralizado y pudo servir para justificar la supuesta neutralidad racional de una cierta forma de dominación. En ese pasaje de lo que era instituyente a la condición de discurso instituido o de discurso de conocimiento, asistimos al movimiento por el cual la ideología incorpora y consume las nuevas ideas, siempre que hayan perdido las ataduras con el tiempo originario de su institución, quedando así fuera del tiempo. Y lo dicho acerca de Galileo podría ser dicho, por ejemplo, respecto de Freud. Este dijo que, con el psicoanálisis, trajo la peste a la humanidad. ¿Cómo explicar, entonces, que ese flagelo haya podido convertirse en todo el mundo, en una terapia adaptativa y de ajuste, si aquello a lo a que esa terapia pretende ajustarnos es exactamente lo que vuelve posible la neurosis, la psicosis y la locura?

El caso Galileo (como el caso Freud) nos enseña algo que podríamos designar con la expresión: *discurso competente*.

El discurso competente es aquel que puede ser pronunciado, escuchado y aceptado como verdadero o autorizado (estos términos ahora son equivalentes) porque perdió los lazos con el lugar y el tiempo de su origen. Así, no es paradójico ni contradictorio en un mundo como el nuestro, que cultiva patológicamente la cientificidad, que surjan interdicciones al discurso científico.<sup>2</sup> Podemos decir que precisamente porque la ideología contemporánea es científicista, le cabe el papel de reprimir el pensamiento y el discurso científico. Es en este contexto de hipervalorización del conocimiento llamado científico y de simultánea represión al trabajo científico que podemos captar mejor el significado de aquello que aquí designamos como discurso competente.

---

<sup>2</sup> Este artículo fue presentado durante la 29<sup>o</sup> reunión de la SBPC (Sociedade Brasileira para o Progresso da Ciência) que había sido prohibida por el poder central.

El discurso competente es el discurso instituido. Es aquel en el cual el lenguaje sufre una restricción que podría ser resumida así: no cualquiera puede decir a cualquier otro cualquier cosa en cualquier lugar y en cualquier circunstancia. El discurso competente se confunde, pues, con el lenguaje institucionalmente permitido o autorizado, esto es, con un discurso en el cual los interlocutores ya fueron previamente reconocidos como poseedores del derecho de hablar y escuchar, en el cual los lugares y las circunstancias ya fueron predeterminados para que esté permitido hablar y escuchar y, en fin, en el cual el contenido y la forma ya fueron autorizados según los cánones de la esfera de su propia competencia.

Cabe, entonces, indagar lo que significa esa repartición, circunscripción y demarcación del discurso en cuanto a los interlocutores, el tiempo, el lugar, la forma y el contenido. Sin embargo, antes de intentar responder a estas cuestiones es necesario hacer una observación. Con frecuencia, la crítica del discurso competente acostumbra a caer en una confusión que es, a fin de cuentas, un engaño: la confusión resultante de la identificación entre discurso competente y discurso elitista, en oposición al discurso democrático, identificado con el discurso de masas. Todos saben cómo la Escuela de Frankfurt fue tachada de elitista por haber recusado sistemáticamente la llamada “cultura de masa”. Aquellos que critican a los frankfurtianos lo hacen por ignorar uno de los puntos fundamentales de la Escuela en lo que concierne al análisis del concepto de “masa”. Para los pensadores de la Teoría Crítica, la cultura llamada de “masa” es la negación de una cultura democrática, pues en una democracia no hay masa; en ella, el aglutinado amorfo de seres humanos sin rostro y sin voluntad es algo que tiende a desaparecer para dar lugar a sujetos sociales y políticos válidos. Así, al intentar aquí una crítica del discurso competente, procuraremos no caer en el engaño de la falsa oposición elite-masa, elite-popular. Por el contrario, no sólo es importante evitar que la crítica de la competencia desemboque en populismo; también es fundamental mostrar que aquellas dos oposiciones no tienen sentido dentro del discurso competente.

Para alcanzar la región donde mejor se determina y mejor se efectúa el discurso competente, necesitamos referirlo a un fenómeno histórico pre-

ciso: la burocratización de las sociedades contemporáneas y la idea de Organización que se encuentra en la base de ese fenómeno.

La burocratización es un “proceso que se impone al trabajo en cualquier nivel en que se lo considere –tanto en el trabajo de dirección como en el de los ejecutantes– y que, al imponerse, impone un cuadro social homogéneo tal que la estabilidad general del empleo, la jerarquía de los asalariados y las funciones, las reglas de promoción, la división de la responsabilidades, la estructura de la autoridad, tengan como efecto crear una única escala de *status* socioeconómico, tan diversificada como sea posible”.<sup>3</sup> El fenómeno de la burocratización, que Hegel y Marx habían circunscripto a la esfera del Estado, devora a toda la sociedad civil, distribuida en burocracias empresariales (en la industria, las finanzas y el comercio), escolares, hospitalarias, de salud pública, sindicales, culturales, partidarias, etc. El proceso de burocratización de todas las esferas de la vida social, económica y política, de todas las manifestaciones culturales (de la jerarquía de la universidad a la de las iglesias, “populares” o no) se realiza bajo el amparo de una idea directriz: la idea de Organización, entendida como existencia en sí y para sí de una racionalidad inmanente a lo social y que se manifiesta siempre de la misma manera, bajo formas diversas, desde la esfera de la producción material hasta la esfera de la producción cultural. A medida que la complejidad de la vida social aumenta en el modo de producción capitalista y en las formaciones históricas denominadas “socialistas”, el Estado se expande en todos los sectores, encargándose de una parte considerable de la vida humana, de tal modo que por su mediación el tejido de la sociedad civil se vuelve cada vez más ceñido y encerrado sobre sí mismo. La ideología dispone entonces de un recurso para ocultar esa presencia total o cuasi total del Estado en la sociedad civil: el discurso de la Organización.

En la comprensión de la ideología del discurso competente, el punto de mayor interés para nosotros reside en el doble movimiento por el cual el crecimiento del poder del Estado es negado y afirmado por ese discurso. La dificultad para percibir que se trata de un único y mismo movimiento

---

<sup>3</sup> Lefort, C., *Elements pour une critique de la bureaucratie*. Ginebra, Ed. Droz. 1971, p. 289.

con dos caras, o de un doble movimiento simultáneo de afirmación y negación, proviene del hecho de que hay, aparentemente, dos modalidades diferentes del discurso de la competencia, cuando en verdad se trata de un solo y mismo discurso. En una palabra: tendemos a distinguir el discurso del poder y el discurso del conocimiento, es decir, el discurso del burócrata y el discurso del no-burócrata.

Consideremos primero la apariencia de que hay dos discursos competentes diversos para, a continuación, darnos cuenta de que se trata de un único discurso con dos caras.

Burocratización y Organización presuponen las siguientes determinaciones: a) la creencia en la realidad en sí y para sí de la sociedad, de tal modo que la racionalidad de los *medios* de acción inutiliza automáticamente cualquier cuestión acerca de la racionalidad de los *finés* de la acción; b) existencia de un sistema de autoridad fundado en la jerarquía de tal modo que subir un grado en el escalafón corresponde a la conquista de un nuevo *status*, una nueva responsabilidad y un nuevo poder que no dependen de aquel que ocupa el puesto, sino que pertenecen al propio grado jerárquico, es decir, la reificación de la responsabilidad y del poder alcanza el grado máximo en la medida en que es el cargo, y no su ocupante, el que posee determinadas cualidades; c) como consecuencia, surgimiento de un proceso de identificación de los miembros de cualquier burocracia con la función que ejercen y con el cargo que ocupan, identificación que se expresa en la existencia de un ceremonial prefijado que garantiza el reconocimiento recíproco de los miembros en su calidad de superiores y subalternos, así como el reconocimiento de la competencia específica de cada uno según el puesto que ocupa; d) la dirección, que no trasciende la burocracia o la organización, sino que forma parte de ella bajo la forma de administración, esto es, la dominación tiende a permanecer oculta o disimulada gracias a la creencia en una *ratio* administrativa o administradora, de tal manera que dirigentes y dirigidos parezcan estar regidos únicamente por los imperativos racionales del movimiento interno de la Organización. En una palabra: se tiene la impresión de que nadie ejerce el poder porque éste parece emanar de la racionalidad inmanente al mundo organizado o, si se prefiere, de la competencia de los car-



gos y funciones que, sólo por azar, están ocupados por determinados hombres.

En ese contexto, podemos aprender la primera modalidad del discurso competente que se distribuye en tres registros: existe el discurso competente del administrador-burócrata, el discurso competente del administrado-burócrata, y el discurso competente y genérico de los hombres reducidos a la condición de objetos socio-económicos y socio-políticos, en la medida en que aquello que son, aquello que dicen o hacen, no depende de su iniciativa como sujetos sino del conocimiento que la Organización juzga poseer sobre ellos. Esa primera modalidad de la competencia se encuentra sometida a la norma restrictiva del “no cualquiera puede decir a cualquier otro cualquier cosa en cualquier lugar y en cualquier circunstancia”.

Para comprender la otra modalidad o la otra cara del discurso de la competencia, necesitamos tener en cuenta la transformación sufrida por la propia ideología burguesa con el proceso de burocratización.

En su forma clásica, el discurso burgués es legislador, ético y pedagógico. Se trataba de un discurso pronunciado desde lo alto y que, gracias a la trascendencia conferida a las ideas, nominaba a lo real, poseía criterios para distinguir lo necesario de lo contingente, la naturaleza de la cultura, la civilización de la barbarie, lo normal de lo patológico, lo lícito y lo prohibido, el bien y el mal, lo verdadero y lo falso: ponía orden en el mundo y enseñaba ese orden. Hacía de las instituciones como la Patria, la Familia, la Empresa, la Escuela, el Estado (siempre escritos con mayúsculas), valores y reinos fundados de hecho y de derecho. Por esa vía, el discurso nombraba a los detentores legítimos de la autoridad: el padre, el profesor, el patrón, el gobernante y, consecuentemente, dejaba explícita la figura de los subordinados y la legitimidad misma de esa subordinación. Producía conocimientos sobre la historia en términos de progreso y continuidad, ofreciendo así un conjunto de referencias seguras fijadas en el pasado y cuya obra era continuada en el presente y sería acabada en el futuro. Era el discurso de la tradición y de los jóvenes, es decir, un discurso que se dirigía a oyentes diferenciados por generación y unificados por la unidad de la tarea colectiva heredada.

Con el fenómeno de la burocratización y de la organización, la ideología dejó de ser discurso legislador, ético y pedagógico, fundado en la trascendencia de las ideas y los valores, para convertirse en discurso anónimo e impersonal, fundado en la pura racionalidad de hechos racionales. No dejó de ser legislador, ético y pedagógico, pero dejó de fundarse en esencias y valores, así como dejó de ser pronunciado desde lo alto para fundarse en la racionalidad inscrita en el mundo y proferirse ocultando el lugar desde el cual es pronunciado. Tomó entonces una nueva cara: se volvió discurso neutro de la cientificidad o del conocimiento.

Bajo el signo de la Organización aparece en el mundo de la producción un conocimiento acerca de la racionalidad tal que ésta ya no es considerada como fruto o aplicación de la ciencia al mundo del trabajo, sino como ciencia en sí, ciencia encarnada en las cosas. La idea de Organización sirve para cimentar la creencia en la existencia de estructuras (infra o supra, poco importa) que existen en sí y funcionan bajo la dirección de una racionalidad propia e independiente de la voluntad y de la intervención humanas. Lo real, la acción y el conocimiento quedan así consustanciados, identificados. En el interior de esa “sustancia”, esto es, de la Organización, los hombres ya encuentran pre-trazadas las formas de acción y de cooperación “racionales”, es decir, aquellas que les están permitidas. Y cada sujeto imagina conocerse a sí mismo por la mediación del conocimiento que la Organización juzga poseer respecto de él. La ideología, presentando un nuevo modo de representar la racionalidad y el objeto racional, se realiza ahora por medio del enorme prestigio conferido al conocimiento, confundido con la ciencia o la cientificidad.

¿Qué es el discurso competente en cuanto discurso de conocimiento? Sabemos que es el discurso del especialista, pronunciado desde un punto determinado de la jerarquía organizacional. Sabemos también que habrá tantos discursos competentes como lugares jerárquicos autorizados a hablar y a transmitir órdenes a los grados inferiores y a los demás puntos del mismo nivel jerárquico. Sabemos también que es un discurso que no se inspira en ideas y valores sino en la supuesta realidad de los hechos y en la supuesta eficacia de los medios de acción. Finalmente, sabemos también que se trata de un discurso instituido o de la ciencia institucionaliza-

da y no de un saber instituyente e inaugural y que, como conocimiento instituido, tiene el papel de disimular bajo una capa de cientificidad la existencia real de la dominación.

Aún así, esas determinaciones del lenguaje competente no deben ocultarnos lo fundamental, esto es, el punto a partir del cual tales determinaciones se constituyen. La condición para el prestigio y para la eficacia del discurso de la competencia como discurso de conocimiento depende de la afirmación y la aceptación tácitas de la incompetencia de los hombres en cuanto *sujetos* sociales y políticos. En este punto, las dos modalidades del discurso de la competencia convergen en una sola. Para que ese discurso pueda ser pronunciado y mantenido es imprescindible que no haya sujetos, sino apenas hombres reducidos a la condición de objetos sociales. Ahora bien, exactamente en el instante en que tal condición es satisfecha (el discurso administrativo como racionalidad de lo real), la otra modalidad del discurso competente entra en escena para ocultar la verdad de su primera cara. Es decir, el discurso competente como discurso de conocimiento entra en escena para intentar devolver a los objetos socio-económicos y socio-políticos la cualidad de sujetos que les fuera sustraída. Esa tentativa se realiza a través de la competencia privatizada. Invalidados como seres sociales y políticos, los hombres serían revalidados a través de una competencia que les corresponde en tanto sujetos individuales o personas privadas. Ahora, esa revalidación es un engaño en la medida en que implica apenas la transferencia, para el plano individual y privado, del discurso competente del conocimiento cuyas reglas ya están dadas por el mundo de la burocracia y de la organización. O sea, la competencia privada está sometida a la misma reificación que preside la competencia del discurso de conocimiento. Basta que prestemos una cierta atención al modo por el cual opera la revalidación de los individuos por el conocimiento para que percibamos el fraude.

Sabemos que una de las maneras más eficaces de producir en los objetos socioeconómicos y sociopolíticos la creencia de que son sujetos, consiste en elaborar una serie de discursos secundarios o derivados, por cuyo intermedio la competencia es otorgada a los interlocutores que pudieren asimilarlos. He aquí la razón por la que la partición entre elite y masa es,

sino ilusoria, por lo menos un falso problema. ¿Qué tipo de discursos secundarios o derivados son estos? Son aquellos que enseñan a cada uno cómo relacionarse con el mundo y con los demás. Como escribe Lefort,<sup>4</sup> el hombre pasa a relacionarse con su trabajo por la mediación del discurso de la tecnología, a relacionarse con el deseo por mediación del discurso de la sexología, a relacionarse con la alimentación por mediación del discurso dietético, a relacionarse con la crianza por mediación del discurso pedagógico y pediátrico, con el lactante por medio del discurso de la puericultura, con la naturaleza por mediación del discurso ecológico, con los demás hombres por medio del discurso de la psicología y la sociología. En una palabra: el hombre pasa a relacionarse con la vida, con su cuerpo, con la naturaleza y con los demás seres humanos a través de mil pequeños modelos científicos en los cuales la dimensión propiamente humana de la experiencia ha desaparecido. En su lugar surgen miles de artificios mediadores y promotores de conocimiento que constriñen a todos y cada uno de aquellos que se someten al lenguaje del especialista, quien detenta los secretos de la realidad vivida y que, indulgentemente, permite al no-especialista la ilusión de participar del saber. Ese discurso competente no exige cualquier sumisión, sino algo muy profundo y siniestro: exige la interiorización de sus reglas, pues aquel que no las interioriza corre el riesgo de verse a sí mismo como incompetente, anormal, asocial, como detrito o desecho. Estamos de vuelta en el Discurso del Método, pero ya no como proyecto de dominación de la naturaleza (pues hace mucho la sociedad burguesa se encargó de esa tarea) sino más bien como exigencia de interiorización de reglas que nos aseguren que somos competentes para vivir. La invasión de los mercados letrados por una avalancha de discursos de popularización del conocimiento no es signo de una cultura enloquecida que perdió el rumbo del buen saber: es apenas una de las manifestaciones de un procedimiento ideológico por el cual la ilusión colectiva de conocer sólo confirma el poderío de aquellos a los que la burocracia y la organización determinaron previamente como autorizados a saber.

---

<sup>4</sup> Lefort, C., "Maintenant", *Libre*. Paris, Payot, n.1, 1977.

La ciencia de la competencia acabó por ser bienvenida, pues el saber es peligroso sólo cuando es instituyente, negador e histórico. El conocimiento, es decir, la competencia instituida e institucional no es un riesgo, pues es instrumento de un enorme proyecto de dominación y de intimidación social y política. Como podemos notar, no basta una crítica humanista o humanitaria del delirio tecnocrático, pues éste es apenas un efecto de superficie de un proceso oscuro en el cual conocer y poder encontraron su forma particular de articulación en la sociedad contemporánea. Tal vez por eso mismo hoy la furia inquisitorial se abata, en ciertos países, contra ese saber enigmático que, a falta de un nombre mejor, llamamos “ciencias del hombre” y que, cuando no son meras institucionalizaciones de conocimientos, erigen el pensamiento y se expresan en discursos que, no por casualidad, son considerados incompetentes. Cabe recordar, todavía, que en materia de incompetencia, en los tiempos que corren, la filosofía ha obtenido sistemática y plenteramente el primer lugar en todos los rankings de la competencia.

**Traducción: Laura Arese y Hernán García Romanutti**